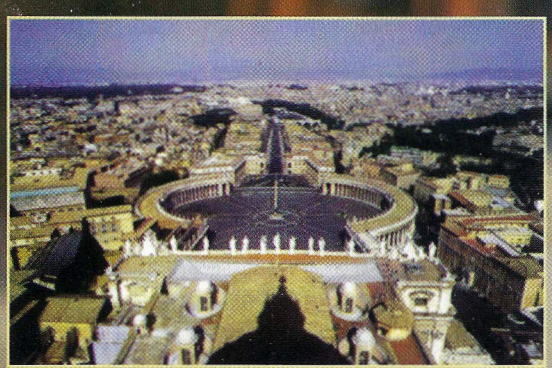
AGE FOTOSTOCK



El Vaticano, sobre estas líneas, fue escenario en 1998 de uno de los sucesos más misteriosos en la historia reciente de la Iglesia. En la otra página, arriba, funeral por el comandante de la Guardia Suiza Alois Estermann. Debajo, monseñor Giovanni Batista Re, una de las primeras personas que acudieron al lugar de los sangrientos hechos.

Los expedientes del Vaticano (VI)

El triple asesinato de la guardia suiza

El 4 de mayo de 1998 un misterioso crimen se produce entre los muros del Vaticano. El recién nombrado coronel de la Guardia Vaticana, Alois Estermann, su esposa Gladys Meza y el cabo segundo Cédric Tornay son hallados muertos en el domicilio del matrimonio. La versión oficial no se hace esperar.
El joven cabo había abatido a los Estermann en un rapto de locura. Pero los informes no convencen a casi nadie. Para muchos, detrás del caso se esconde una sorda lucha de poder entre dos clanes rivales: la masonería y el Opus Dei.

F. Javier Arriés

El Vaticano, 4 de mayo de 1998. Sobre las 9 de la noche, una de las monjas que residen en el cuartel de la Guardia Suiza descubre los cuerpos del recién ascendido comandante Alois Estermann, de su esposa, Gladys Mesa Romero, y del cabo segundo, Cédric Tornay. Los tres han sido abatidos por arma de fuego. De inmediato acuden el portavoz del Papa, Joaquín Navarro–Valls, el sustituto de la Secretaría de Estado, monseñor Giovanni Battista Re, el asesor para Asuntos Generales de la Secretaría de Estado, monseñor López Quintana, y el inspector del *Corpo della Vigilanza*, Camillo Cibin.

Pocas horas después, Navarro Valls, miembro numerario del Opus Dei, actúa como portavoz del Pontífice y hace pública una hipotética reconstrucción de los hechos: hacia las nueve de la noche, el cabo segundo Tornay fue hasta el apartamento de los Estermann y una vez allí, presa de «un arrebato de locura», disparó con su pistola reglamentaria sobre el nuevo comandante y su esposa para, acto seguido, suicidarse.

Lo apresurado del comunicado deja perpleja a la opinión pública. Las irregularidades en los procedimientos que siguen al macabro hallazgo no pasan inadvertidas. Entre ellas, se especula con el destino de cuatro vasos, que supuestamente habrían sido encontrados durante el registro hecho por el *Corpo della Vigilanza* y que podrían indicar la presencia de, al menos, cuatro personas en el lugar del crimen. En ningún momento se informa a la policía italiana. Desaparecen las fotografías tomadas por un funcionario de la Gobernación. Se desarrolla una extraña maniobra para evitar que las autopsias de los tres cadáveres se produzcan fuera del Vaticano, parodiando su transporte en un ambulancia mientras los cuerpos son llevados por alabarderos de la Guardia Suiza al depósito de la Santa Sede.

Lo irregular de todo el procedimiento hace dudar a muchos de la veracidad de la versión oficial. Comienzan a surgir todo tipo de rumores. Algunos sugieren que se trata de un crimen pasional, debido a supuestas relaciones ilícitas entre el cabo segundo y Gladys Meza, o de este joven con el comandante. Tales hipótesis parecen del todo infundadas, pero las sospechas crecen hasta tal punto que el Vaticano hace todo lo posible por encontrar pruebas que apoyen su versión de los hechos. Los motivos del cabo, según Navarro Valls, no habrían sido los celos, sino un resentimiento hacia el coronel por motivos disciplinarios y por sentirse despreciado.

Una de las «pruebas» que corroborarían esta versión es una hipotética carta escrita por Tornay a su madre el mismo día del crimen, indicando que va a cometer un acto grave. Ésta, sin embargo, denuncia haber encontrado una serie de irregularidades en esta misiva, y declara que puede probar su ➤

«Tengo que prestar este servicio a la Iglesia. He jurado dar la vida por el Papa y eso es lo que hago», decía la misteriosa misiva de Tornay

falsedad. Además, una de las frases de la carta parece más bien la de alguien a quien se le ha conferido una misión peligrosa, no la de un suicida: «Tengo que prestar este servicio a la Iglesia Católica. He jurado dar la vida por el Papa y eso es lo que hago».

Entre las razones que se aducen para demostrar la inestabilidad mental del cabo hay unas supuestas colillas de cigarrillos de marihuana encontradas en sus dependencias y un tumor cerebral que se habría detectado durante su autopsia, pero que no fue diagnosticado en los exámenes regulares que se realizan a los integrantes de la Guardia.

Las pruebas ofrecidas por el Vaticano no convencen a casi nadie, salvo a los integrantes de dos grupos de poder rivales que, desde hace tiempo, operan en el seno de la Santa Sede, los opusdeístas y los promasónicos, ambos claramente interesados en hacer prosperar la versión oficial. Para muchos es un indicio de que a ninguno de estos clanes enfrentados les interesa que se conozca la verdad. Entre los cardenales que exigen la creación de una comisión de investigación pontificia se encuentran Silvio Oddi, Darío Castrillón y Roger Etchegaray.

Pero quizá la más sintomática de las protestas ante la versión oficial sea la del coronel Roland Buchs, que asumió el mando de la Guardia tras el triple asesinato, hasta el 30 de julio, fecha en que tuvo que abandonar el cargo presionado desde las altas esferas vaticanas. Durante su reincorporación, y pese a los reproches, Buchs se negó a llevar el uniforme. Aunque Tornay debía ser considerado un traidor –según la versión oficial–, durante los ritos fúnebres el anciano coronel ordenó que el cuerpo del cabo luciera el uniforme de gala, que recibiera honores militares, y que su féretro fuera colocado junto a los de sus presuntas víctimas. Su mayor acto de disconformidad probablemente sea un comunicado firmado en el cual afirma: «El acto que ha provocado este gran horror sigue siendo misterioso»; comunicado que Navarro Valls se negó a divulgar.

Todo ello y las filtraciones procedentes de la Guardia Suiza acerca de «hechos relacionados con presuntos chantajes, secretos y misterios acerca del poderosísimo hombre–sombra del Papa (Alois Estermann), experto en antiterrorismo y asuntos reservados», ponen en evidencia que en la propia Guardia está lejos de creerse la versión oficial. Para muchos, los mejor informados, tanto dentro de la Curia como en el seno de la propia Guardia Suiza, Tornay y los Estermann fueron asesinados. ¿Por quién? ¿Con qué motivos?

Arriba, Jörg Haider, líder del FPÖ, partido austríaco de extrema derecha, buen amigo de Alois Estermann que (a la izquierda) saluda a Juan Pablo II. Debajo, primero por la derecha, el cabo Cédric Tornay.

El coronel Alois Estermann era algo más que un militar entregado a la seguridad del Papa. Católico exaltado, estaba próximo a grupos de extrema derecha, especialmente al FPÖ, el partido austríaco liderado por Jörg Haider, que contaba con el pleno apoyo público del ultraconservador monseñor Krenn, con quien, a su vez, mantenía Estermann buenas relaciones. En Suiza, sus contactos abarcaban a grupos paramilitares extremistas integrados por alemanes, suizos y austríacos, cuya sede estaba en Liechtenstein.

Múltiples recomendaciones consiguieron que Estermann, con tan sólo 25 años, se presentara en la Guardia Suiza con el grado de capitán. En Berna se dice que fue impuesto desde determinados círculos político–militares, y particularmente por un alto oficial suizo implicado en un conocido asunto de espionaje para los países del este. Curiosamente, a su muerte, un diario alemán afirmaba que Estermann era un espía de la Stasi, la antigua policía secreta de la Alemania del Este, que había sido infiltrado en el Vaticano; algo que Fulvio Martini, jefe del servicio secreto italiano, cree posible, ya que dentro del Vaticano se sospechaba de la existencia de un espía.

La ascensión de Estermann recibe un impulso considerable a partir del atentado de la Plaza de San Pedro contra Juan Pablo II. La corriente opusdeísta consigue convertirlo en un héroe manejando hábilmente una fotografía del militar junto al Papa y lanzando la falsa noticia de que Estermann había salvado la vida del pontífice cubriéndole con su propio cuerpo, cuando la realidad es que llegó cuando ya se habían producido los disparos.

Apenas dos años después de su ingreso, sus compañeros se quedaban atónitos de nuevo al ver que le encomendadan velar por la seguridad del Papa durante su viaje a España. Un año después, Estermann es ascendido, pese a que el grado de comandante se otorga a los oficiales casados. Más estupor. Se casa con la venezolana Gladys Meza. Otra irregularidad, porque el permiso para contraer matrimonio sólo se obtiene tras 5 años de servicio.

No menos fulgurante es la ascensión de su esposa, la primera mujer policía de Venezuela, favorecida por el jefe de la seguridad nacional, relacionado con los ser- ➤

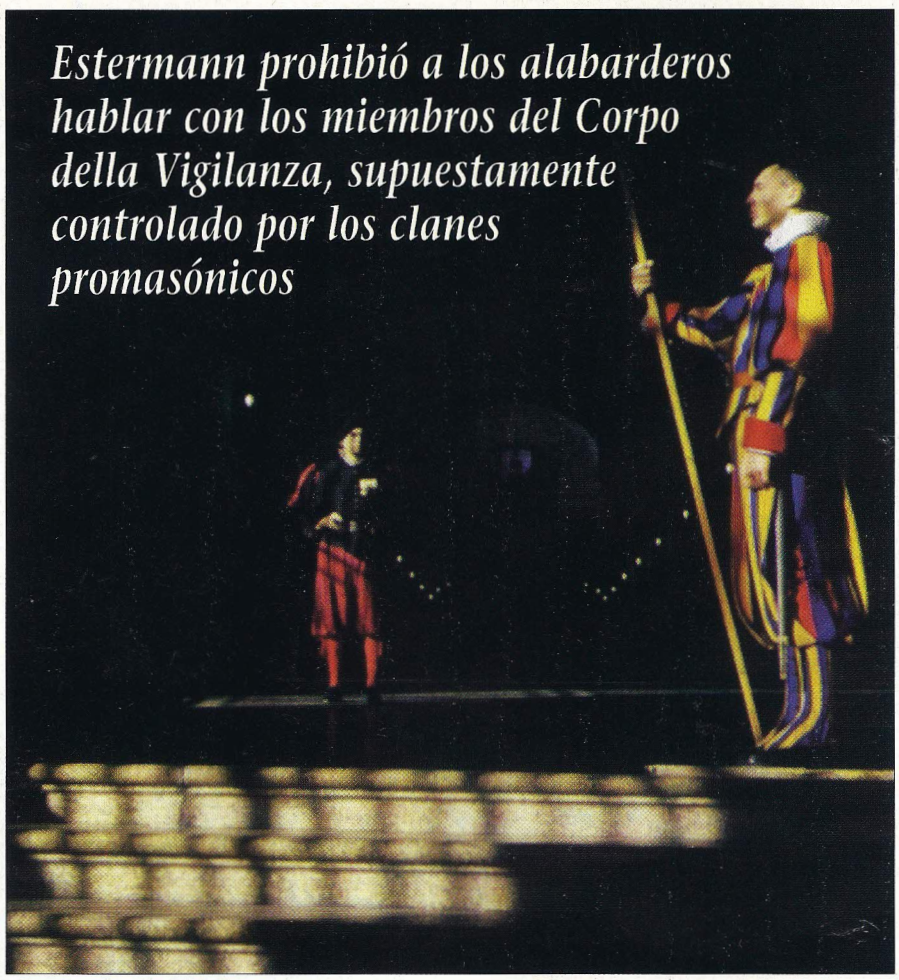
vicios de inteligencia. Gladys Meza llega a Roma como agregada cultural a petición de monseñor Castillo Lara, a quien se atribuye la pertenencia al clan masónico dentro del Vaticano, pero cercano a la vez a ciertos círculos opusdeístas, con quienes se dice ha establecido relaciones. Castillo será quien case a los Estermann en 1984.

A partir de este momento, la actividad de esta pareja es incansable. Sus contactos abarcan círculos próximos al Opus Dei y a los clanes masónicos vaticanos e internacionales. Entre sus amistades personales se cuenta el matrimonio Dobjenski, de quienes se rumoreaba que ejercían algún tipo de actividad secreta en Italia. Al parecer,

El obispo Castillo Lara (en la imagen, a la derecha) casó a Alois Estermann y Gladys Meza.

abandonaron Roma apenas ocho días después del triple asesinato y partieron hacia Sudamérica. Los Dobjenski estaban emparentados con Norbert Kinski, a quien la Orden de Malta habría confiado alguna importante misión en Venezuela, y con la Casa Real de Liechtenstein, próxima al Opus, y algunos de cuyos miembros también eran amigos de los Estermann.

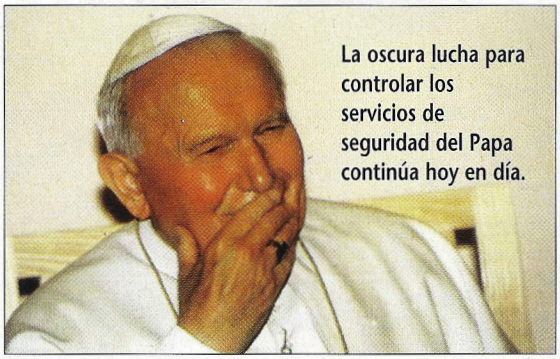
Dentro de la curia vaticana, además del todopoderoso Castillo, contaban con la amistad de monseñor Donato de Bonis, segundo de monseñor Marcinkus en el IOR, Banco Vaticano, ya desde los tiempos de sus primeros escándalos financieros; monseñor Stefano Migliorelli, hombre del Opus en la curia; monseñor Herranz Casado y el cardenal Moreira Neves, importantes hombres del Opus, pese a que este último también mantiene buenas relaciones con los



Estermann prohibió a los alabarderos hablar con los miembros del Corpo della Vigilanza, supuestamente controlado por los clanes promasónicos

círculos masónicos, o monseñor Pecile, hombre del Opus relacionados con el secretario de Juan Pablo II, monseñor Dziwisz, y con las altas esferas del IOR.

El mundo de las finanzas vaticanas, y de otras ligadas a la Obra y a los clanes masónicos, no era desconocido para el matrimonio Estermann. Gladys Meza, según fuentes vaticanas, administraba los fondos de la WOF, institución filoopusdeísta que, al parecer, tiene parte de sus fondos en el IOR y está presidida por Cristina Vollmer, miembro supernumerario del Opus y esposa del embajador de Venezuela en el Vaticano. El papel de Gladys Estermann en determinados movimientos financieros parece determinante, si se considera que la secretaría de la Conferencia Episcopal suiza llegó a protestar enérgicamente ante la Santa Sede por sus actividades ligadas a una asociación ligada al Opus en Viena.



La oscura lucha para controlar los servicios de seguridad del Papa continúa hoy en día.

Todos los hombres del Papa

¿Qué interés tenía para Alois Estermann el Opus Dei? Sabía que la poderosa organización podía ayudarle en su carrera. Pero la verdadera pregunta es ésta: ¿qué interés tenía el Opus en Alois? ¿Por qué se ocupó de apadrinar al oficial de forma tan rápida hasta conducirlo a la cima de la Guardia?

Era de dominio público que Estermann, cuya candidatura contaba con una intensa oposición dentro de los clanes promasónicos, tenía encomendada la misión «secreta» de reformar la Guardia para convertirla en un cuerpo de élite, un proyecto diseñado desde el Opus con la aprobación del Papa. La misión de Estermann incluía eliminar el poder acumulado en materia de seguridad pontificia por el *Corpo della Vigilanza,* controlado por los clanes promasónicos y dirigido por el inspector Cibin, cuyas relaciones con el oficial eran muy frías. Se trata de una sorda lucha dirigida por ambos grupos de poder para hacerse con las competencias de

la seguridad vaticana. Por su parte, los clanes promasónicos están empeñados en desmantelar a la Guardia Suiza, a la que tildan públicamente de cuerpo obsoleto, con el objetivo de ganar todo el poder para el *Corpo della Vigilanza* y, por tanto, para sí mismos.

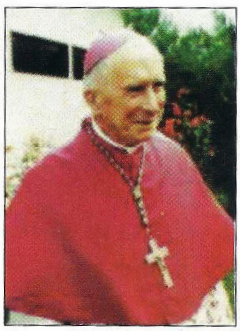
En este escenario, donde las intrigas eran la rutina cotidiana, aparece un entusiasta Cédric Tornay, fervoroso católico. Las «órdenes» de Estermann incluían el proselitismo opusdeísta entre los soldados; hasta tal punto que el capellán del cuerpo, monseñor Alois Jehle, tuvo que reprender al oficial indicándole que estaba prohibido influir sobre los guardias «para obtener su adhesión a movimientos espirituales».

En una ocasión, Tornay fue abordado por un amigo de los Estermann e «invitado» a participar en un grupo «de oración y reflexión» organizado por el Opus en el seno de la Guardia. El carácter de la propuesta alarmó a Tornay, quien la rechazó, enterándose después de que dos compañeros suyos

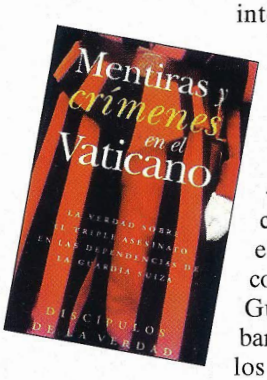
habían recibido la misma invitación. Las características de ésta les parecieron tan extrañas que, tras indagar en los hechos, decidieron viajar hasta Venezuela, país de origen de Gladys Meza. En palabras de la madre del cabo: «Mi hijo me dijo que, junto con dos amigos, estaban haciendo una investigación sobre el Opus en la Guardia».

No obstante, no parece que dicha iniciativa partiera sólo de los guardias. Por entonces, un misterioso personaje, el «padre Yvano», acosaba a los soldados de la guardia. Su verdadero nombre es Yvan Bertorello, ex seguidor del arzobispo integrista Lefèbvre. Muchos han visto en él un influyente espía del Vaticano que investigaba posibles vínculos entre el Opus y la Guardia. Además, éste llegó a mantener buenas relaciones con Tornay, a juzgar por el hecho de que la madre del cabo segundo afirmara que su hijo le había dicho: «Estoy contento porque viene el padre Yvano desde París y trae buenas noticias». Sintomático es el hecho de que, durante los funerales, los guardias no le dejaran pasar. A la entrada del templo se presentó como «director espiritual de Tornay», afirmando que éste le había dejado un mensaje pidiéndole ayuda en su teléfono móvil a las 20:30, escasos minutos antes de la tragedia. Declaró que tenía pruebas de que a Tornay le habían asesinado y que él mismo estaba en peligro. Desde luego, este dato, recogido por varios testigos, pone muy en entredicho la versión oficial de los hechos.

La teoría de la conspiración y asesinato de los Estermann y de Tornay parece tomar cuerpo y una versión paralela a la oficial circula entre los muros del pequeño estado Vaticano. El día de la tragedia ya se había hecho oficial el nombramiento de Estermann como coronel de la Guardia. La batalla por el poder estaba decidida. Quizá a alguien, probablemente perteneciente a alguno de los clanes promasónicos –cuyas intenciones parecen ser opuestas a las de la verdadera masonería iniciática y tradicional–, se le ocurrió una «medida de urgencia» para evitar que el Opus se hiciera con el control de la Guardia Suiza, acabando con la vida de los Estermann y de Tornay, tal vez porque sabían demasiado o para crear una «cortina de humo» que ocultara los auténticos motivos del crimen. ■

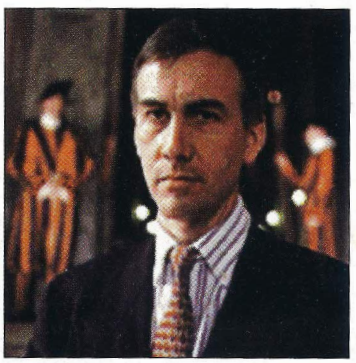


Derecha, el integrista monseñor Lefèbvre y portada del polémico libro *Mentiras y crímenes en el Vaticano* (Ediciones B), en el que está basado este artículo.



LA TEORÍA DEL ASESINATO

La hipótesis del triple asesinato fue apuntada ya a mediados de 1998 por Gérard de Villiers en su novela *L´espion du Vatican*. El escritor francés relata en su obra el asesinato del comandante de la Guardia Suiza Ludwig Hofenberg, un peligroso espía infiltrado en el Vaticano. El asesino, el padre Hubertus, no sería otro que Yvano Bertorello. En el libro de Villiers, Hubertus mata también a Esmeralda, la esposa del comandante, y lo prepara todo de modo que parezca un homicidio seguido de un suicidio perpetrado por el cabo segundo Stephan Martigny. Todo ello para acabar descubriéndose que el auténtico espía es monseñor Arturo González y Villaverde, perteneciente a los Legionarios de Cristo –una organización integrista– y que nos recuerda vivamente al secretario de estado Pedro López Quintana.

En cualquier caso, la tarde de aquel 4 de mayo Tornay debía prestar un servicio de vigilancia a la entrada del edificio donde ocurrieron los hechos. Algunos afirman que, poco antes de que acabara dicho servicio, a las 19 horas, Tornay fue asaltado por un asesino profesional que habría entrado en el Vaticano ayudado por dos colaboradores. Llevado hasta el sótano del edificio, el cabo habría sido asesinado con un arma de fuego dotada de silenciador. Entonces, su cuerpo fue transportado hasta el segundo piso, al apartamento de los Estermann, a quienes se daría muerte con el arma reglamentaria del cabo segundo. Esta reconstrucción alternativa no era mera especulación, sino una deducción casi obligada de los hechos tal como fueron documentados. En la autopsia realizada a Tornay se afirma que su muerte se produjo entre las 20:30 y las 21 horas, mientras que la versión oficial asegura que los Estermann murieron después de las 21 horas.

¿Cómo pudo el asesino morir antes que las víctimas? Mientras tanto, la lucha por el poder para controlar los servicios de seguridad pontificios continúa hoy en día. Los clanes mueven apresuradamente sus fichas preparándose para el papado siguiente. Los sectores filoopusdeístas parecen haber ganado la batalla dentro de la Guardia Suiza. El actual comandante de la misma, Pius Segmüller (en la imagen), ha anunciado sus intenciones de reformar el cuerpo. La respuesta del clan promasónico no se ha hecho esperar. En un intento de reducir aún más las competencias de la Guardia en materia de seguridad, habrían conseguido la creación de un «Comité para la Seguridad», servicio secreto vaticano cuyo decreto está firmado por monseñor Giovanni Danzi, de quien se dice que es una de las cabezas visibles de esta última corriente. ■